

LOS CABALLOS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA Y DEL NORTE/NOROESTE DE ÁFRICA: CRÍA, CRUCE Y EXPORTACIÓN EN LA ÉPOCA PRERROMANA Y EN LA DEL DOMINIO POR ROMA

MARÍA PAZ GARCÍA-GELABERT PÉREZ
UNIVERSIDAD DE VALENCIA

“Serás tú fuente de alegría y riqueza para el hombre...”.

Mahoma.

RESUMEN: La autora emprende una nueva andadura por los textos clásicos en busca de la incidencia de los hombres en el ámbito de los caballos o a la inversa: cruce entre razas, cría selecta, exportación, importación. Abarca el trabajo en las dos orillas de los mares Mediterráneo y Atlántico: Península Ibérica, más concretamente su zona meridional y norte/noroeste de África.

ABSTRACT:The author undertakes a new walking by classic texts in search of the incidence of the men in the scope of the horses or to the inverse one: crossing between races, raises selection, export, import. It includes the work both borders of the seas Mediterranean and Atlantic: The Iberian Peninsula, more concretely its southern zone and the north northwest of Africa.

INTRODUCCIÓN

Las relaciones entre África septentrional y la región meridional de la Península Ibérica, por la cercanía, fueron siempre fluidas. Y ha de verse como continuamente se produjo un flujo constante de hombres, con todo tipo de impedimenta material y espiritual, de un lugar a otro, antes y después de la realidad romana implantada en ambos territorios, y como también, más tarde, se produjo desde ambas zonas con Roma cuando sus armas los conquistaron. En anteriores estudios abordé una panorámica breve, siempre por necesidades de espacio, acerca de las interrelaciones entre las dos regiones, basándome exclusivamente en las fuentes. En aquel entonces me ceñí especialmente a aquellos

seres humanos, hispanos y africanos que, para los que creen que la Historia en mayúsculas debe sólo narrar los hechos políticos y bélicos, hacen Historia con letra menuda. Pero no es así, sino al contrario, son los seres humanos sencillos, sin nombre conocido, los que potencian la génesis de la gran Historia de los pueblos. Me ceñí, repito, a los seres humanos anónimos, en sus idas y venidas, por tantos y tantos avatares a los que pudieron estar abocados, en busca de medios de vida en corriente migratoria más hacia Iberia que a la inversa, y por motivos de guerra, remito a dichos escritos¹. En esta nueva edición son actores principales el hombre de Iberia, el hombre de África y el hombre de la Península Itálica, sean soldados, sean civiles, pero la figura central del estudio, el auténtico protagonista, es el caballo, aunque que no lo es sin el hombre. Y se trata única y exclusivamente de desarrollar un estado de la cuestión. El caballo desde su asociación, desde su domesticación –para Occidente y Próximo Oriente con probabilidad en las estepas euroasiáticas ca. V-IV milenios a.C., antes sólo fue proveedor de proteínas, pieles, tendones, huesos- procuró durante milenios al ser humano, conjuntamente con los bóvidos, una gran parte de la fuerza motriz. El caballo le descargó de pesadas tareas (menos a los sometidos a esclavitud), como el transporte, le suministró mejores condiciones para una agricultura más efectiva, para abrir bosques y poner en valor tierras, para guardar ganado, cazar, guerrear y para un sinnúmero de otros servicios, sintetizando, fue su compañero de trabajo y recreo inseparable y diario. Y no obstante el dominio ejercido por el hombre sobre el caballo éste, animal gregario en origen, no ha cambiado su comportamiento, y así ha mantenido sus instintos, y puede subsistir en estado natural, desarrollando una vida social compleja. Y ha de indicarse que algunas culturas lo veneraron, dotándolo hasta de ciertos contenidos mágico-simbólicos en relación con el Más Allá, al menos esto es lo que defienden algunos investigadores, en cambio quien firma no es partidaria de esta teoría, el caballo efectivamente, desde que el hombre lo unió a sí, gozó y goza aún hoy en día de un enorme predicamento, que generó el que mentes de civilizaciones primitivas llegaran a entroncarlo, a hacerle participar en ciertos aspectos, siempre para nosotros absolutamente vagos, tremendamente inconcretos, del ambiente de los dioses, pero sin connotaciones de ultratumba. Y así, es conocido, transcurridos siglos, como en el VII la religión musulmana puso especial empeño, con fines de conquista, en mejorar la raza de sus caballos, los de las zonas semidesérticas,

¹ M.P. García-Gelabert Pérez, “Movilidad entre África y la Península Ibérica en la Antigüedad (según los textos clásicos)”, *HAnt* XXIX, 2005, 7-26. Id., “Hispanos en el Norte-Noroeste de África y Africanos en el Sur de la Península Ibérica en época helenística”, *L’Africa Romana, XVI Convegno Internazionale di Studi “Mobilità delle persone e dei popoli, dinamiche migratorie, emigrazioni ed immigrazioni nelle province occidentali dell’impero romano”* (Rabat, 15-19 diciembre, 2004), *L’Africa romana. Atti dell’XVI Convegno di Studi, “Mobilità delle persone e dei popoli, dinamiche migratorie, emigrazioni ed immigrazioni nelle province occidentali dell’impero romano”*, vol. secondo, Roma, 2006, 791-802.

áridas y montañosas de la Península Arábiga, caballos que, según sus convicciones, fueron creados por Alá con viento del sur. Mahoma se refería a menudo al caballo asociando el cuidado que se le daba por el creyente a la práctica religiosa², mas ciertamente esta asimilación a la religión tuvo un contenido eminentemente pragmático.

Los caballos en la Antigüedad y ahora, fueron, principalmente, potestativos de aquéllos que detentaban el suficiente dominio, la suficiente autoridad como para lograrlos, señores de los clanes, de las tribus. El peninsular, el nómada, el libio, etc., en época prerromana y también después, como cualquier otro individuo de cualquier otra tribu del mundo en una sociedad de clases, cuando necesitaba un caballo no podía limitarse a tomar su lazo o a montar una trampa y capturar los ejemplares necesarios en el monte o en el bosque, y después dejarlos pastar libremente si es que no tenía con qué mantenerlos. No, el caballo, su cría, estuvieron, sin duda, perfectamente controlados por aquellos elementos de la sociedad, sea cual fuere la misma, que podían hacerlo. Por tanto, caballos de los dominios propios, bien criados previa selección, si procedía, de entre los integrantes de las tropillas; bien gestionada su compra, para ejemplares especiales, a través de agentes o intermediarios entre los señores y los productores. Caballos, reitero, que en su gran mayoría fueron patrimoniales de los sectores sociales más distinguidos, propiedad de los que poseían la suficiente hacienda para mantenerlos, y para llegar a acaparar, por la fuerza de su poder, los probables terrenos colectivos; para controlar y mantener la mano de obra servil y/o esclava, necesaria para la doma, entrenamiento, cría, para atenderlos en todos los aspectos no relacionables aquí, por evidentes. Estas afirmaciones no descartan la existencia, ciertamente, de sujetos libres masculinos del pueblo llano de las sociedades guerreras, que por medios diversos y desconocidos llegaban a tener en propiedad un caballo, con el cual o se enrolaban en los ejércitos extranjeros como mercenarios, o podían llegar a adquirir un mayor predicamento en sus propias bandas, o no progresar ni moverse de su lugar, pudieron existir tantos casos como personas. Uno de los sistemas para convertirse en jinete sería obteniendo en usufructo un caballo, perteneciente a las yeguas de los señores. Esta vía podría ser, para la civilización peninsular, la de los clientes y *devoti*, a los que tal vez les era facilitada la montura por el *patronus* correspondiente, bajo cuya protección se hallaban (con respecto a la última institución la vinculación mágica/religiosa entre si y con su jefe, está bien atestiguada entre los lusitanos, celtíberos y otros pueblos del NW). Y lo sostenido arriba no descarta, asimismo, la existencia de granjeros, agricultores, que poseían una sola caballería, a la que consideraban como un valioso miembro más entre los suyos, a veces hasta compartida por dos o más hogares, utilizable lo mismo en la guerra

² B. Leclair, *1000 imágenes de caballos*, Barcelona, 1994, 18.

que en la paz, o bien de équidos de especies inferiores como asnos, mulos, etc. El disfrutar de esta manera un animal no es una afirmación gratuita, aún a mediados del s. XX, se producía esta circunstancia en determinadas zonas rurales de Asturias: una pareja de vacas era explotada por varios vecinos para arar o para transportar, en aquellos viejos carros de dos ruedas que cantaban, la leña, el estiércol para abonar las tierras, la hierba para la manutención de las bestias y la cama para sus establos. Y no digamos con respecto al toro semental, en una amplia zona sólo una familia lo poseía, siendo llevadas al lugar a aparearse con él todas las vacas del entorno, mediante el pago de una pequeña cantidad, en dinero o en especies³. Y bien, volviendo nuevamente a tiempos prerromanos hispanos, según un párrafo de Estrabón (III, 4,18) a veces dos soldados montaban en un mismo animal, uno de los cuales inmediatamente desmontaba: “*no es costumbre privativa de los iberos la de montar dos en un mismo caballo, de los cuales uno, llegado el momento del combate, lucha como peón*”. Este hecho pudo deberse a una táctica bélica o bien a ese compartir montura aludido en líneas anteriores, si bien es más posible la primera alternativa.

La estructura del trabajo comprende unas notas generales. Seguidamente una introducción al mestizaje y al intercambio, no todavía a la mercantilización, de caballos entre África e Iberia y viceversa; y aunque muy probablemente el dicho intercambio date de un largo tiempo atrás, sitúo el área temporal de análisis desde el s. III a.C., época en la que la Península Ibérica comienza a ser introducida, por la fuerza de las circunstancias bélicas, en el radio de acción de las dos grandes potencias del momento, Cartago y Roma. Y finalmente, consuma-

³ El semental era sacado a un corral y allí se producía el apareamiento. El toro se acercaba a la hembra atraído por el olor de los estrógenos evacuados en la orina, y si no era repelido comenzaban a dar vueltas el uno alrededor del otro con olfateos y frotos. Cada cual olfateaba los órganos genitales de la pareja hasta que la vaca daba la espalda al toro parándose, con las patas traseras separadas. El semental la montaba, la cubría, y el apareo podía acabarse en apenas dos minutos. El apareo de los équidos es semejante, y para la zona a la que me refiero con relación al ganado bovino, se realizaba en el monte por el semental de cada tropilla, porque no estaban estabulados. Una vez iniciado el invierno, antes de que la nieve cubriera las cumbres, y los lobos hambrientos hiciesen presa en las crías, se les bajaba y concentraba en determinadas cuadras de vecinos bien amplias de la aldea más próxima, donde solían pernoctar a lo más dos días, hasta que eran distribuidos entre sus propietarios o dirigidos en grupo hacia las ferias de ganado. Y era de ver como aquellos que los acogían pasaban unas noches temibles ante el continuo revolverse coceando y ante los relinchos de unos animales no acostumbrados a hallarse en cautividad tantas horas, en un extremo los potrillos que podían tener entre 4 a 5 meses eran los más afectados, y en el otro extremo los garañones. Finalmente los pobladores de la aldea que les habían dado cobijo los veían marchar con alegría entre una nube de polvo, y aún más los propietarios de las cuadras que o bien las habían cedidas graciosamente o las habían alquilado. Por cierto que los destrozos que se encontraban cuando eran desalojadas, pesebres cuya madera era mordida, la tierra batida de aquellas antiguas piezas arrancada, el estiércol revuelto de tal manera que llegaba a manchar las vigas de madera, les hacían recapacitar y prometerse que la yeguada no volvía a habitar en sus establos. No obstante estos hechos se repetían, generalmente, al año siguiente.

das por Roma las anexiones de los territorios en estudio, trazo un esbozo acerca de la cría extensiva, intensiva y selectiva de yeguas, tanto en el África como en la Iberia conquistadas, y la exportación hacia Roma y provincias, principalmente en época imperial.

Una precisión, bajo ningún concepto, aunque aportaría valor a este escrito, es posible desarrollar aquí, salvo alguna que otra pincelada, por razones de extensión y contenido, los detalles recogidos por los escritos grecolatinos o en textos posteriores, acerca de las razas equinas de Iberia y de África (los caballos utilizados por los pueblos celtíberos, los caballos asturcones, tieltones, panchates de las tribus del NW⁴, los caballos de Lusitania, los caballos de las tribus iberas, esos caballos que sus jinetes “*aman más que a su propia vida*” (Just., *Epi.* XLIV, 2,5-6); los caballos de las tribus númeras, libias, etc.).

⁴ Aún a pesar de lo indicado en cuerpo central, la autora cede a la tentación de trazar algunas líneas sobre una de las razas de caballos hispanos especialmente considerada por las clases privilegiadas romanas, los asturcones, esos caballos de corta alzada que aún hoy con variantes sustanciales pastan en zonas de monte alto, en las campas de Asturias. Los asturcones gozaron de un enorme predicamento entre los romanos, y evidentemente entre los propios hispanos. Su paso portante o ambladura, consistente en un trote lateral en el que las piernas se sincronizan por un mismo lado en lugar de hacerlo diagonalmente (B. Leclair, *1000 imágenes de caballos*, 30), era muy cómodo para el jinete. La primera mención de los asturcones remonta a la obra *De ratione dicendi ad Herennium* IV, 63, compendio de retórica, publicado entre los años 88-86 a.C. Grattio, que vivió hacia el cambio de Era, alude a los caballos gallegos de la misma raza en su poema sobre la caza titulado *Cinegetica* v. 513. Según Silio Itálico (*Pun.* XVI, 583), uno de los premios que se distribuían después de los juegos circenses consistía en un tiro de corceles asturianos; además expresa que el caballo asturiano no sirve para la batalla (*Pun.* III, 332-355); posiblemente en la época en que escribe (Domiciano, Nerva) no era necesario utilizarlo para fines bélicos y sí para la vida civil, pero los nativos hispanos, antes de la intrusión de Roma y durante la conquista de sus tierras, si lo emplearon habitualmente para la guerra, para la caza, para correrías diversas, como las restantes monturas de que disponían. Esta raza fue generosamente definida en los textos, de los que extraemos la bella descripción de Marcial (XIV, 199), el poeta nativo de la celtibérica Bilibis, que vivió en la segunda mitad del s. I: “...*este caballo pequeño astur que galopa rápidamente al son del compás, viene de la gente rica en oro*”. Silio Itálico (*Pun.* XVI, 348-353) celebra a un caballo astur, panchates, que era poco vistoso, pequeño, blando de boca, muy rápido y con manchas blancas en los corvejones y en la frente. Por Suetonio (*De vita Caes., Nero.* XLVI, 1), que vivió en tiempos de Adriano, refiriéndose a un sueño perturbador de Nerón poco antes de morir, se sabe que su caballo favorito era un asturcón. El caballo de Honorio, al que alude Claudio Claudiano (vivió hacia el año 400) en su obra *Carmina Minora* (XLVII, 3-6), sin especificar raza, también pudiera ser de Hispania, aunque al respecto de esta montura duda si procede de aquélla, de Capadocia o de Tesalia, es decir, nombra tres territorios exportadores de caballos, tres territorios que desde tiempos protohistóricos fueron asiento de excelentes équidos, bien asimilados al hombre en la guerra y en la paz. Flavio Vegetio Renato, autor de fines del s. IV o principios del V, en su *Digesta artis mulomedicinae* (CLVI, 37) compara el paso de los caballos partos con el de los asturcones.

NOTAS GENERALES

En Iberia se criaban magníficos y numerosos caballos, según palabras de J.M. Blázquez en las fuentes clásicas Hispania va unida inseparablemente a sus caballos⁵. Sobre el tema en algún que otro apartado del trabajo se intercalarán determinadas citas, sin abarcarlas todas ni mucho menos⁶, para corroborar como los autores grecorromanos fueron receptivos a esta riqueza, a este aspecto ciertamente fundamental de la economía y de la guerra. Son frases referidas a los muchos y buenos caballos que los nativos criaban en las dehesas, en las cuadras, en las tierras llanas de pastos, en los montes, frases que reflejan la perfecta unión de hombre y caballo, y más tarde frases vinculadas a la cría de yeguas en los latifundios propiedad de personas provenientes de la Urbe o ligadas a ella, frases vinculadas a su exportación, etc. Considérese un ejemplo eminentemente ilustrativo de cómo el imaginario peninsular trataba a los caballos: es un probable viejo mito patrimonial lusitano de raíz indoeuropea, concerniente a las yeguas de la región del Tajo, pertenecientes a una de las razas más veloces de Iberia y que como escribe J. Bermejo⁷ “*se ha conservado claramente a través de las fuentes literarias greco-latinas... pues la comparación de todos sus elementos con los de otros mitos griegos confirma plenamente este carácter, que, por otra parte, el propio origen del pueblo lusitano ratifica...*”. El mito fue transmitido por varios autores grecorromanos: “*se sabe que en Lusitania, cerca de la ciudad de Olisipo a orillas del Tago, las yeguas vueltas de cara al viento cuando sopla el Favonio reciben un soplo vital y conciben así y paren potros velocísimos, pero que no viven más de tres años...*” (Plin., *NH VIII*, 166. Sobre dicha cuestión vuelve el Naturalista en *IV*, 116; *XVI*, 39,93. Y también: Varr., *r.* II, 1,19. Verg., *Georg.* III, 271-279 y su comentarista Servio Gramático, *Ad Georg.* III, 273. Col., *Rust.* VI, 27, 7. Sil. Ital., *Pun.* III, 379-381; *XVI*, 365. Just. *Hist. Phil. Epit.* XI/IV, 3,1). Así debieron serlo, veloces caballos, y no precisamente porque fueran fecundados de manera prodigiosa sino porque esta era su idiosincrasia. Algunos autores apuntan que estos animales tenían una vida breve⁸; probablemente no aguantaban mucho tiempo el esfuerzo de largas galo-

⁵ La economía ganadera de la España antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas, *Emerita* 25, 1957, 163.

⁶ La recopilación de los textos referidos a caballos y caballeros, que constan en este estudio, ha sido basada fundamentalmente en A. Schulten et al. (eds.), *Fontes Hispaniae Antiquae*, Barcelona, 1925-1959. Acerca de otros párrafos sobre los jinetes y los caballos hispanos, cfr. I. Seco, J. de la Villa, Fuentes literarias antiguas sobre los caballos en Hispania, en F. Quesada, M. Zamora (eds.), *El caballo en la antigua Iberia*, Madrid, 2003, 125-140.

⁷ *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid, 1982, 99.

⁸ Varr. *r.* II, 1,19. Col., *Rust.* VI, 27, 7. Plin., *NH VIII*, 166, ya citados en cuerpo central, indican que sólo viven tres años. Silio Itálico (*Pun.* III, 382) escribe que viven alrededor de siete

padas, fallándoles el corazón, que habían de tenerlo sano y a ritmo pausado para sostenerlas sin sufrir un accidente.

Concerniente a los équidos que se criaban en el norte de África, los textos que narran los sucesos acaecidos en Iberia y en Italia en el transcurso de la II Guerra Púnica y en épocas posteriores, aportan pinceladas vívidas de la inmejorable caballería equina⁹, sobre todo de la inmejorable de las tribus númeridas (no hay que perder nunca de vista a la de las tribus libias), de la destreza de sus jinetes como era bien consciente Escipión “*la principal fuerza de la caballería enemiga (púnica)*” (Liv. XXVIII, 35,1). Esta caballería, de pueblos nativos africanos, númeridas en origen inmediato, constituyó una de las armas más fuertes con que contaban los ejércitos semitas. Tal era la pericia de los jinetes que llegaban a montar sin silla, estribos, bocado, utilizando únicamente una cuerda alrededor del cuello del animal -es apreciable, para los númeridas, en la Columna Trajana, es decir en fechas relativamente bajas-, y gobernando a la montura con movimientos del cuerpo, presión de las piernas, posición del jinete -al respecto de las últimas frases como se hizo siempre y aún se hace hoy en día-. Su modo de montar asombró a los romanos que lo consideraban propio de gentes toscas (Liv. XXXV, 11, 8)¹⁰. Estas tribus de jinetes, ligados muy directamente con los caballos, los poseía magníficos y, en consecuencia, fueron buscados, y requeridos como mercenarios por los mandos de Cartago, después por los de Roma, que a partir de la defección del bloque cartaginés de Massinisa contó con la adhesión númerida. En efecto Massinisa, hijo de Gaia, régulo de la formación política númerida más oriental, la de los maessyli, merced a sus propios intereses internos, ante la alianza de su principal oponente Syfax (de la formación política de los massaesyli) con Cartago, y a la labor diplomática desarrollada por Escipión en Iberia (Liv. XXVIII, 12,16; XXVIII, 35, 1), se une definitivamente a las armas romanas.

Es factible, y así lo he apuntado, que los libios fueran tan expertos jinetes como los númeridas, puesto que poseían caballos robustos y resistentes capaces de sobrevivir en parajes de clima árido (también los númeridas), como es recalcado en el *Corpus Hippiatricorum Graecorum* (II, 123,15 y II, 124, 4), compuesto en la Edad Media. No obstante son más escasas en las fuentes tratadas aquí las referencias a ellos, bien porque los númeridas fueron contratados como mercenarios en mayor número, bien porque en ocasiones los autores aluden a caballería

años. E Isidoro de Sevilla (*Etym.* XII, 1,44), tomando sin duda datos de la obra de Vegetio (*Mulom.* III, 7, 1) expresa que los caballos hispanos, númeridas y galos son de vida más reducida que los caballos persas, hunos, sicilianos, del Épiro.

⁹ Hay autores que escriben sobre los caballos africanos, entre ellos Estrabón (XVII, 8,19). En otros diversos textos son alabados (CIL VI, 10047, 10053; CIL VIII, 4508).

¹⁰ F. Quesada, El gobierno del caballo montado en la Antigüedad clásica con especial referencia al caso de Iberia. Bocados, espuelas y la cuestión de la silla de montar, estribos y herraduras, en M. Barril, F. Quesada (coords.), *El caballo en el mundo prerromano, Gladius* XXV, 2005, 6.

africana y tal vez el vocablo abarca tanto a númeridas como a libios y a otros. De una forma u otra en estas líneas la autora se refiere más reiteradamente a númeridas, por la razón expuesta, se hallan en más textos, aunque ha de entenderse, como indiqué, que si en ocasiones es clara la titulación de los hechos narrados para los númeridas, en otras ha de hacerse extensiva a todos y cada uno de los jinetes africanos que militaban en los ejércitos en liza.

Se seleccionan únicamente algunas alusiones a la dicha caballería, númerida y libia (no hay que descartar tampoco a la cartaginesa) y a la peninsular, escasas, de entre las relativas a los sucesos acaecidos, tomando como punto de partida la mitad del s. III a.C., por lo que implica contacto directo entre peninsulares y africanos. Véase, en el año 208 a.C., después de haber derrotado Escipión a Asdrúbal en la batalla de *Baecula*: “...se apoderó del campamento enemigo, y en el recuento de cautivos encontró 10000 infantes y 2000 jinetes... y mandó a Indíbil que de la gran cantidad de caballos capturados eligiese los 300 que más le gustasen” (Liv. XXVII, 19, 1). En este episodio aunque no se refiere concretamente a caballos númeridas/libios ha de presumirse que se encontraban entre los capturados; y es interesante conjeturar que de esos 300 caballos ofrecidos a Indíbil éste escogería los mejores, entre ellos númeridas/libios, éstos además para él y sus hombres más originales más desconocidos, y aquí puede dar comienzo en tierras de los ilergetes el mestizaje.

Otras citas, cfr. Livio XXIII, 46, 6 (año 215 a.C.), “...mil doscientos setenta y dos jinetes númeridas y españoles se pasaron a Marcelo”. Este evento es muy significativo en cuanto que parece, según la descripción de los hechos, que los jinetes españoles y africanos estaban, en cierto modo, hermanados respecto a sus intereses, en este caso la traición hacia los que les pagaban su soldada, los semitas; también Plutarco, *Marcell.* 12 (año 215 a.C.); Livio XXIV, 12, 4 (año 214 a.C.), XXVII, 18, XXVII, 20 (año 208 a.C.). Y asimismo se hallan los númeridas en los ejércitos romanos durante la conquista de Hispania y en otras incidencias bélicas, como cuando Nobilior al atacar Numancia en el año 154 a.C. Massinisa envía 300 de sus jinetes (App., *Iber.* 46); en el cerco de Numancia, a partir del año 134 a.C., se encuentra Yugurta formando parte del círculo íntimo de Escipión Emiliano, y evidentemente al frente de destacamentos de jinetes propios (App., *Iber.* 89; Sall., *Iug.* 7). Para las guerras lusitanas, Fabio Máximo Serviliano, con la aquiescencia del senado, escribió a Micipsa, rey de Numidia, que con toda urgencia le remitiese elefantes (se infiere que también le llegarían caballos) (App., *Iber.* 67-69). En el año 80 a.C. consta que el ejército de Sertorio contaba con africanos, 700 libios, muchos serían jinetes (Plu., *Sert.* 12).

El subrayar tal contacto entre africanos y peninsulares en este escrito, matizo, tiene como misión poner de manifiesto que si los hallamos juntos en la guerra o, en su caso, en la paz, caballos de unos y otros pudieron cruzarse con cierta facilidad, al encontrarse, hipotéticamente, en determinadas circunstancias, en los

mismos cercados, o abrevando, o pastando¹¹. Y tal cercanía pudo originar la adquisición de técnicas y tácticas de los compañeros de filas, tocantes a sus animales y a la forma de monta, aunque se hallaran en sus respectivos batallones.

Desde luego la pericia de algunos de los jinetes nómadas, los más selectos o un grupo concreto especial, la estampa de sus caballos, su maestría en la doma tuvo que admirar, no ya a los cartagineses, lo cual está implícito por lo indicado líneas atrás, sino a todos aquellos soldados que formaban como mercenarios en los ejércitos expresados: “...*No todos los nómadas se colocaron a la derecha* (en el ejército de Asdrúbal), *sino solamente aquellos que, como los saltarines de oficio, acostumbraban a llevar dos caballos en lo más recio de la pelea, saltando con todas las armas del fatigado al fresco; tal es la agilidad y la docilidad de aquella raza de caballos...*” (Liv. XXIII, 29, año 215 a.C.). La doma de caballos era igualmente practicada por los peninsulares, reflejándose tal vez en la pintura vascular de Liria (Valencia)¹². Pero no hay buenos caballos si no hay expertos hombres que los domen, que los críen, si es necesario que los crucen, que los seleccionen. Verdaderas “*escuelas de doma*” no hubo, no en el sentido estricto actual, pero si trabajadores serviles especializados en el mundo del caballo, como queda apuntado en la introducción. Así es, estos seres tuvieron que existir, tanto en África como en la Península Ibérica, al servicio de las clases dominantes, hombres aptos para conseguir los soberbios ejemplares equinos con pleno vigor y perfecto amaestramiento, de que hacían gala, según Estrabón I (II, 4, 15), los guerreros iberos “...*los caballos están habituados a escalar montañas y a flexionar rápidamente las manos a una orden dada en momento oportuno*”. En todos los casos varón y caballo se hallaban íntimamente compenetrados.

Entre los caballos africanos y los peninsulares había diferencias genéticas que no es dado precisar, diferencias perdidas para la posteridad, y por lo que atañe a los jinetes, con monturas y formas de vida distintas, las peculiaridades de unos y otros debieron ser notorias. Por ejemplo, la mayor parte de los peninsulares, habituados a un relieve más abrupto que los africanos (constan en los

¹¹ El apareo puede llevarse a cabo a finales del invierno, lo que coincidiría con el periodo de descanso invernal de los ejércitos. Aunque suele ser más usual a fines de invierno, en primavera e inicios del verano. Con respecto a los caballos en estado natural lo más probable es el apareo en mayo, junio o julio cuando la potencia de inseminación del garañón y la fertilidad de la hembra están en su cota más elevada. Además, durando la gestación 11/12 meses, alrededor de 334 días, cuando nace el potrillo (cría con menos de un año) la yegua puede alimentarse con las más nutritivas y frescas hierbas de principios de verano, produciendo una leche óptima para amamantarlo. El completo desarrollo del potro (macho joven hasta su madurez sexual) no finaliza hasta alrededor de los tres años.

¹² L. Pericot, *Cerámica ibérica, Barcelona, 1979*, fig. 240. En el friso de una vasija son representados aspectos relacionados con una cacería, y en uno de los fragmentos del friso un hombre sujeta con la mano izquierda del ronzal a un caballo, y con la derecha en alto blande un elemento largo, que por la precariedad del dibujo es difícil precisar ¿un intento de doma? ¿un jinete que intenta dominar al animal para montarlo? ¿quién sabe!

textos, húmedas), tenían a sus animales familiarizados a las escaladas, a sortear roquedales, zonas de monte bajo espeso y arbolado, de ahí su superioridad en las tierras de Iberia o en las de la Península Itálica; y así lo entienden los mandos, y por ello unos y otros son destinados a misiones específicas de su idiosincrasia, como se refleja por Livio (XXI, 57, 5): “*No fue tranquilo el invierno para los romanos, a causa de las incursiones de la caballería húmeda, y, en los lugares demasiado abruptos para ésta, por las de los celtíberos y lusitanos...*”, año 218 a.C., cuando los mercenarios marchan, con Aníbal, a la cabeza del ejército, hacia la conquista de Italia durante la II Guerra Púnica. Y del mismo autor (XXIII, 26, año 216 a.C.): “*...Asdrúbal... después de muchos e insistentes ruegos recibió de África un refuerzo de cuatro mil infantes y mil jinetes... Pero el jinete húmedo no era igual al español, ni el lancero moro al cerrado, que, igualándose en ligereza, le superaba en vigor y ánimo...*”.

Teóricamente supuesto, en líneas anteriores, el probable cruce entre razas equinas hispanas/africanas con respecto a que hispanos y africanos (nómadas, libios, etc.) formaban parte de los mismos ejércitos, o en ejércitos enfrentados pero en la misma tierra, en los prolegómenos y en el transcurso la II Guerra Púnica¹³, completo este aspecto, siempre relativamente por la parquedad o ausencia de los datos, añadiendo, al respecto, algún que otro rasgo de fechas más tempranas. No hay detalles concretos, ni siquiera inconcretos, pero la fuerza del raciocinio hace suponer el cruce, toda vez que en África los cartagineses, desde épocas muy remotas, muy anteriores al s. III a.C., enrolaban en sus ejércitos, con destino a las zonas de fricción, a contingentes humanos variopintos, entre los que se contaban, entre otros muchos, jinetes de Iberia y por defecto nómadas y libios. Los cartagineses comerciaron, al parecer asiduamente, con los peninsulares, e incluso instalaron ciertos puntos comerciales o de explotación agropecuaria en la mitad sur peninsular, los enclaves de los denominados libio feni-

¹³ Y también, con fines militares, hubo trasvase de caballos hispanos desde Iberia a África y trasvase de caballos africanos desde África a Iberia, he ahí algunas noticias que aluden directamente a ello: Amílcar desembarca en Iberia, en el año 237 a.C. al frente de un fuerte ejército “*Pero Amílcar después de atravesar el mar y pasar a España, realizó grandes cosas con buena fortuna, sometió a pueblos poderosísimos y belicosísimos, y enriqueció toda el África en caballos, armas, hombres y dinero...*” (Corn. Nep., *Amílcar* 4); y una información acerca de cómo Aníbal antes de marchar a Italia acantonó infantes y jinetes hispanos en África, e infantes y jinetes africanos en Iberia, la aportan Polibio (II, 33,7-10), quien indica que es “*para afianzar los lazos de fidelidad entre los dos pueblos*”, y Livio (XXI, 21), más preciso, más realista, explica que se trataba de una estrategia del general bárquida con objeto de mejor asegurarse la fidelidad de sus mercenarios, estando en tierras extranjeras. Otra de las muchas previsiones que tomó Aníbal fue dejar un gran ejército en Iberia a las órdenes de su hermano Asdrúbal, contándose entre los efectivos “*450 jinetes libiofenicios... 1800 nómadas y moros... 300 jinetes españoles...*” (Liv. XXI, 22). Una última referencia, espigando de entre otras existentes, no expresadas por falta de espacio: mucho más tarde, a finales del s. I a.C., hay noticias de que jinetes de Hispania y galos formaban parte de la guardia del rey Juba de Numidia (Caes., *BCiv.* II, 40).

cios¹⁴. Partiendo de éstos (y de otros asentamientos) como base de operaciones, en los que si bien pudo existir población excedente de Cartago y, en su caso, de las tribus libias, controladas por la metrópoli semita, el comercio en general, en particular el de équidos, estaría en manos acaudaladas de expertos comerciantes de la ciudad. Una precisión con respecto a este comercio de altura entre africanos y peninsulares, y al margen de la exportación/importación de caballos, la mayor pujanza de las transacciones de todo tipo debió darse entre los grupos financieros de Cartago y *Gades*. Ciertos miembros de las adineradas familias de una y otra ciudad, bien personalmente, bien a través de sus agentes, invertirían capital, los africanos en *Gades*, los peninsulares en Cartago, y es de suponer que, en casos, se establecieron permanentemente o en largas estancias, allí donde sus negocios lo requirieran. Y volviendo a los équidos, los hombres de negocios trasladarían a la capital púnica, y con destino al grupo dominante de aquella comunidad ciudadana, los inmejorables caballos hispanos o yeguas y/o sementales con destino a la cría. Y por el mismo procedimiento, para lograr las mismas ganancias y para el mismo estrato social, los mismos mercaderes u otros, venderían caballos de África a Iberia. Ha de intuirse, por la obviedad, que las mejores yeguas serían apareadas con los mejores sementales, algunos de los cuales pudieron llegar a ostentar el carácter de legendarios en cuanto a su figura y poder de inseminación.

Recapitulando y reiterando, al estímulo de las ganancias, y ante la abundancia de équidos y probable demanda en ambas zonas, debió fomentarse la compra venta de los animales, mejorando los métodos de cría y selección, que irían depurándose a través del tiempo, mediante apareamientos diversos en función de conseguir razas poderosas en todos los aspectos. Ahora bien, ha de advertirse que, aún dándose tal cruce, más o menos ocasional, más o menos buscado, paralelamente pudieron subsistir en su total esplendor las razas cuya casta era remota.

LA COMERCIALIZACIÓN DE CABALLOS HISPANOS Y AFRICANOS DURANTE EL IMPERIO ROMANO

En el tiempo en el que el norte/noroeste de África y la Península Ibérica ya se habían constituido sobradamente en provincias del Imperio, la cría y exportación de caballos en ambos territorios, con destino a las carreras en el circo y a otras actividades, constituyó una generosa fuente de riqueza para sus criadores y

¹⁴ M.P. García-Gelabert Pérez, “Movilidad entre África y la Península Ibérica”, *op. cit.*, 19-20. Id., “Hispanos en el Norte-Noroeste de África y Africanos en el Sur de la Península Ibérica”, *op. cit.*, 798-799.

traficantes, y un atractivo para los habitantes de la metrópoli italiana y para los de las provincias. Todos o una gran mayoría se reunían en el circo, provistos de comida y bebida, a contemplar e intervenir activamente en las pugnas entre los aurigas que dirigían los troncos de caballos de las cuadrigas, con gritos de ánimo o denuestos hacia los participantes, a apostar por los aurigas y caballos de sus facciones favoritas (roja, azul, blanca, verde). E imaginamos el ambiente popular, enardecido, pletórico, con toda suerte de ruidos, olores, colorido, producidos por la multitud congregada, la prestancia de los aurigas vestidos con los colores de la facción que defendían, la prestancia de los caballos con suntuosos arreos y las cuadrigas engalanadas, la entrega de premios, la música, el desorden en la salida y los comentarios, una vez finalizada la fiesta, etc. Tal vez acudiendo al hipódromo actual podríamos acercarnos mínimamente, pero el ambiente de éste es el creado por un círculo social tendiendo a refinado. Por ejemplo un día de carreras en Ascot, llega a parecerse a un desfile de modas.

La cría de caballos en África y en Hispania fue un factor de enjundia en el ámbito económico y se tejió un complejo entramado en el que eran partes integrantes los criadores, los exportadores, los receptores, llegando los animales, según consta tocante a los caballos hispanos, a los circos de Constantinopla (Amm. XX, 8,14) y de Antioquia (Symm., *epist.* IV, 62).

¿Dónde se atendían las yeguas, quienes y cómo se transportaban los caballos? ¿Qué raza era la más adecuada para la exportación? ¿Cual era el flujo prioritario: Hispania-África, África-Hispania y/o de ambos lugares hacia Roma? Estas y otras cuestiones habrían de abordarse. Hay pocos vestigios, pocos datos textuales y plásticos, pero es con lo que contamos, y han sido manejados reiteradamente por diversos autores. ¿Cómo se presenta el panorama con tanta interrogación sin respuesta? Verdaderamente muy oscuro, pero ¿qué es lo que no es nebuloso en la investigación de las épocas antiguas?, nada. G. López Montea-gudo destaca un dato que pudiera constituir un apoyo al conocimiento de la exportación de caballos, en este caso desde África a Hispania, al estudiar las inscripciones sobre équidos en mosaicos romanos, y con respecto a un animal de nombre *Inluminator*, de la cuadra de ¿*Getuli*?¹⁵. Según esta autora, que se basa en Plinio (*NH* V 9-10, 12-13, 17, 30), *Getuli* era el nombre de una de las tribus importantes de Libia, y con el que los romanos aludían a los habitantes de dicha territorio, de ahí que el mismo pudiera ser indicativo, bien del criador libio o bien señalara que el caballo en cuestión procedía de Libia o era de una raza específica de esa región. Así, a través de nombres, a través de datos menudos, puede irse componiendo algún fragmento de la historia acerca de este tema.

¹⁵ Inscripciones sobre caballos en mosaicos romanos de Hispania y del Norte de África, *Atti del IX convegno di studio su "L'Africa romana"* (13-15 diciembre 1991), t. II, Sassari, 1992, 972. En mismo trabajo, nota 83, para la exportación de caballos desde Hispania cfr. FHA VIII, 88.

Y desde luego, los mosaicos del norte de África y de la Península Ibérica, más los primeros¹⁶, en los que pueden contemplarse los nombres de los animales -tal vez hasta pudieron estar marcados a fuego en el anca u otras partes del cuerpo, con su nombre, con el del propietario, o con el de la ganadería¹⁷-, de los aurigas¹⁸, de las ganaderías, de los criadores ¿serían los exportadores?, tienden, en cierto modo, a esclarecer la problemática en relación al trasiego de caballos por las provincias del Imperio¹⁹. También aportan información los circos, cuyos vestigios se encuentran, en Roma, en ciudades de provincias del Imperio, como en las de Península Ibérica y en las del norte de África. Dichos circos son testimonio de la popularidad de que gozaron los juegos entre los provinciales, paralela a la disfrutada entre los habitantes de la Metópoli. Y podría llegar a afirmarse que las competiciones circenses, en el aspecto manejado las carreras de cuadrigas, gozaron de más elevada aceptación en las provincias en las que los espectáculos de todo tipo escaseaban más que en Roma. En todos los lugares los magistrados debían desvelarse para multiplicarlos y conseguir efectos sobresalientes con el fin de que sus futuros votantes estuvieran satisfechos²⁰.

Y como no, también contribuye a aclarar el panorama el conocimiento de la realidad medioambiental, de los ecosistemas activos en los tiempos en estudio. La Península Ibérica tuvo y tiene una ingente variedad de ecosistemas; menos el norte de África, relativamente más homogéneo en cuanto a paisaje. En

¹⁶ Mosaicos con las características que reseño los hay, aunque en menor cantidad, en Oriente, mas este estudio sólo comprende los pavimentos de las regiones hispanas y africanas.

¹⁷ G. López Monteagudo, "Inscripciones sobre caballos en mosaicos romanos", *op. cit.*, 974-975, 981-983, nota 76, con bibliografía manejada por la autora.

¹⁸ J.M. Blázquez, "Nombres de aurigas, de *possessores*, de cazadores y perros en mosaicos de Hispania y África", *Atti del IX convegno di studio su "L'Africa romana"*, t. II, 953-956. Animales y hombres estaban en las competiciones íntimamente compenetrados, así lo fue y así es. En relación a las carreras de cuadrigas el manejo de un tronco de caballos requiere un absoluto concierto entre el auriga y las bestias. No sólo se los gobierna con las riendas y el látigo, sino con la voz, reprochando, animando, tranquilizando, dirigida a cada animal, llamándolo por su nombre.

¹⁹ G. López Monteagudo, "Inscripciones sobre caballos en mosaicos romanos", *op. cit.*, 965-966.

²⁰ A fines del Bajo Imperio aún consta el concurso a los juegos circenses de los ciudadanos, como se desprende del Canon 62 del Concilio de Elvira de principios del s. IV, en el que se prohíbe el oficio de auriga. Al ser los juegos de teatro, anfiteatro y circo espectáculos en los que en su preludio se celebraban actos religiosos en honor de la triada capitolina, conforme a la religión ancestral romana, fueron prohibidos por autores cristianos en sus obras, como Tertuliano, entre otros, en su tratado *De spectaculis*. El 3 de julio del año 399 San Juan Crisóstomo predicó en Constantinopla *Contra circenses ludos et theatra* con motivo de que el viernes halló la iglesia prácticamente vacía por haber acudido la mayor parte de los fieles a ver las carreras. Tertuliano (*spect.* 4), Novaciano (*spect.* 9), Cesáreo (*serm.* XII, 4), Salviano de Marsella (*De gubernatione Dei* VI, 10-38, 53-65), consideraban paganos, diabólicos, los espectáculos de la categoría de los circenses y otros en los que participa la masa del pueblo.

una y otra región, allí donde había puntos de agua, se arbitró, tanto por parte de los colonizadores semitas, como después por los conquistadores romanos, una infraestructura hidráulica que aprovechaba cada gota de agua²¹. Consecuencia, a ambos lados de los dos mares se produjo, en extensos y fértiles territorios, bien regados, muchos puestos en valor a través de roturaciones intensivas, una formidable cantidad de productos agrícolas, cereales, olivo, vid, horticultura, así como ganado, entre él el caballar. En general se trataba de explotaciones capitalistas, trabajadas por mano de obra esclava, siervos, arrendatarios, colonos, asalariados, según los tiempos. A grandes rasgos y sin particularizar, en África los latifundios, empresas agropecuarias, se documentan ya desde la época en que Cartago comienza a dominar las tierras aledañas, más tarde Roma toma el testigo. Para el caso de Iberia, posteriormente a la conquista, la vida económica nativa, fue sustituida, guiada por Roma, por una economía de aprovechamiento intensivo de las tierras usurpadas mediante las armas²². Recapitulando, el dominio de los vencedores, de los conquistadores, generó, efectivamente, tanto en África como en Hispania haciendas extensas.

Los équidos hispanos y africanos, en el correr del tiempo, y durante el desarrollo histórico de la etapa imperial, en las regiones prioritarias de cría, sur de Hispania²³, norte de África, fueron exportados a Roma y a tras ciudades del Imperio. En las referidas regiones consideradas excepcionales como proveedoras de caballos especiales, eran adquiridos los precisos, destinados a las clases sociales privilegiadas (consúltese nota 4 para los asturcones); además eran requeridos, probablemente en alto número, para las carreras de cuadrigas en los hipódromos, afirmación reflejada líneas atrás. Un dato más al respecto, en la *Historia Augusta*, composición de finales del s. IV, y concretamente con relación al que sería conocido como Gordiano III (*Gord. III, 4*), se indica que envió 200 caballos de las ganaderías africanas a Roma, de lo que debe deducirse que a la Metrópoli llegaba gran cantidad de estos animales de carreras²⁴. También hay

²¹ Omíto aquí la economía autóctona, que en las zonas de contacto con los extranjeros, en todo tiempo antiguo, tendió a adoptar los avances técnicos de aquéllos.

²² Ha de destacarse que, por la ley del raciocinio y por datos consistentes en cortos textos grecolatinos, y elementos materiales, como son los grandes enterramientos de la aristocracia ibera e indoeuropea, tuvieron que existir en Iberia en tiempos prerromanos desigualdades económicas enormes, que implicaban la existencia de latifundios en poder de las clases privilegiadas.

²³ Hispania constituyó una inmensa reserva para la cría caballar. Los territorios perfectos fueron los de la Bética.

²⁴ G. López Monteagudo, *Inscripciones sobre caballos en mosaicos romanos*, *op. cit.*, 984-985, aporta datos concretos, basándose en los epigráficos, textuales (para la exportación desde África Claud., *Consul Stilich. III*, 325, ss.; Aelian., *Hist. An. X*, 17; Symm., *epist. IX*, 17), y en el análisis de los mosaicos africanos, acerca de la exportación de caballos de esta procedencia hacia la Metrópoli y diversas regiones del Imperio. Esta autora opina que los caballos africanos eran requeridos con mayor abundancia desde fines del s. I hasta la mitad del II, y en cambio en el Bajo

que pensar que el que existieran tales zonas no excluía que todos los puntos de la geografía imperial, incluyendo los más destacados de cría, procuraran caballos de monta y labor no tan selectos como los destinados a los fines indicados arriba, mulos, asnos, etc., que proveían de energía motriz a las granjas, molinos, salinas, minas, pesquerías, etc. (a estas utilidades hay que añadir las especificadas en la introducción).

Cabe preguntarse si algunos latifundistas eran criadores profesionales de caballos, e incluso los presentaban en el circo, y no realizaban ninguna otra diligencia, admitiendo como necesario el mantenimiento de terrenos para alimentarlos. Realmente no se sabe, pero como hipótesis inicial habría que indicar que en cierto sentido sí eran criadores profesionales. Y que la cría y las actividades asociadas, llenaban largas horas; pero no en la vida de los *domini*, sino en la de los subordinados (tratar la mejora de la raza; el manejo de los animales en los más diversos aspectos, señalados en otro lugar de este trabajo; procurar buenos pastizales; venta y transporte de las bestias, etc.), siendo competencia de aquéllos la dirección. El contacto con las yegúadas, la satisfacción de conseguir ejemplares soberbios, derivaría a que muchos *domini* sucumbieran a la tentación de exhibirlos en el circo como propios, no como producto vendido; y, por supuesto, si resultaban vencedores o en buen lugar redundaría en una muy alta propaganda para sus yegúadas. A los efectos que nos ocupa se presuponen propietarios con una ingente extensión de terrenos que implica riqueza; otros serían amos de corta hacienda y de una pequeña tropilla de ganado, que no daría lugar al alto comercio, que principalmente es manejado aquí, aunque sí tal vez a que hiciesen correr a alguno de sus mejores ejemplares en las cuadrigas, o que compusiesen una completa. En otro orden de cosas, aunque continuando en los latifundios, los terratenientes fuertes compatibilizarían, porque debían contar con elemento humano servil suficiente, y con agentes experimentados, la cría y gestión del ganado caballar con la del bovino y ovino, y con la agricultura y la horticultura. Sus latifundios constituirían una enorme máquina de crear beneficios comercializando, en general, el ganado, los productos derivados y los excedentes de producción agrícola. Y en cuanto a personal técnico con relación a los caballos en su zona de origen sería diverso y concreto, teniendo especial importancia aquéllos que los cuidaban directamente, concluida la doma, si es que era necesaria. Esas personas serían las equivalentes a las que en la actualidad, en el universo de los caballos, se denominan mozos. Personas que invierten

Imperio se escribe más acerca de los caballos de Hispania y de Capadocia, lo que, en principio, debe implicar una mayor preferencia por los de ambas regiones en detrimento de los africanos. No obstante la exportación de los caballos procedentes de África no debió cesar. Y los mecanismos económicos por los que Hispania se coloca por delante de África en cuanto a la exportación de caballos, si es que efectivamente se colocó, apenas son apreciables para la historia. Téngase presente que nos apoyamos en unas informaciones excesivamente tenues, poco consistentes.

su tiempo alimentándolos, sirviéndose de la almohaza cepillándolos, peinándoles la crin, manteniendo limpios los establos, montándolos para vigorizarlos, medicándolos si es necesario, adecuándoles los cascós, que sin la herradura clavada (aparece alrededor del s. IX y, por tanto, sólo se utilizó en la Antigüedad la hiposandalia) sufrirían enormemente. En su momento, cuando el caballo está provisto de herradura su rendimiento es mayor, y eran los herreros las que las fabricaban y eran los mismos herreros los que las colocaban, después de acomodarles convenientemente las uñas.

Paulatinamente, a medida que la administración romana conoce la realidad hispana y africana, se impone en los textos, más en los tardíos, como un lugar común, la comparación entre los caballos de Iberia y los de África, además de entre los de otros lugares célebres por su cría y número²⁵. Véase, sin totalizar: ya en tiempos de Augusto, Estrabón, citando a Posidonio (III, 4, 15), éste vivió hacia mediados del s. II a.C., escribe que los caballos celtíberos se parecen a los párticos, aunque “*tienen incluso mucha más velocidad y una más bella carrera*”. Oppiano (*Cyneg.* I, 278-279, 289-290), escribió bajo Marco Aurelio, indica que los caballos hispanos eran más veloces que los partos y que los africanos, y más resistentes los libios que los hispanos; y relaciona, como los équidos más óptimos, a los de Capadocia, Hispania y Grecia. Haciendo un inciso he de indicar que con seguridad, aunque aquí no tiene cabida el tema, los nativos de los territorios aludidos, las personas que posteriormente los dominaron por conquista, y los de otros territorios menos manejados por los textos, en unas indeterminadas festividades o celebraciones, o porque así surgía, desarrollarían sus correspondientes carreras de caballos o exhibiciones de la pericia de jinetes y monturas. Sigamos, el poeta Marco Aurelio Olimpio Nemesiano, en *Cynegetica* (251-258), redactada hacia el año 283, describiendo a los caballos hispanos y alabando su carrera, los considera no inferiores a los tesalios. Nuevamente en otro texto se incluyen los caballos hispanos entre los de las regiones más afamadas, siempre África está entre ellas, se trata de la referencia de la *Expositio Totius Mundi*, del año 359. Vegetio (*Mulom.* III, 6,4) asemeja los caballos hispanos a los africanos, y apunta que son de cualidades análogas, y no obstante para él los caballos capadocios de carreras son mejores que los hispanos. En el *Corpus Hippiatricorum Graecorum* (II, 123,15 y II, 124, 4) se lee que los caballos libios (Cirene), y los de Marruecos tenían cualidades parecidas a las de los hispanos. El autor o autores desconocidos de este *Corpus* (I, 5, 11-13) equiparan a los caballos de Hispania con los que se crían en regiones que asimismo

²⁵ Pero no proporcionan datos concretos sobre su estampa, sobre la características de su trote, el paso más útil, el más equilibrado desde el punto de vista muscular (un paso de dos golpes diagonales en el que cada pierna delantera golpea el suelo al mismo tiempo que lo hace su diagonal trasera), sobre su galope, el paso más noble del caballo (asimétrico de tres golpes con un cuarto suspendido) (B. Leclair, *1000 imágenes de caballos*, 28).

fueron notorias por sus yeguas en el Bajo Imperio, Arcadia, Cirene, Capadocia, Tesalia, Mauritania y Persia. Ammiano Marcelino (vivió entre los años 330-400), en su *Historia* (XX, 8,13), hace alusión a los caballos de carreras de Hispania, considerándolos muy efectivos en los hipódromos. Claudio Claudiano se ocupa de los caballos hispanos en dos obras, reconociéndolos como muy idóneos para participar en los juegos circenses, y califica a Hispania como opulenta en caballos (*Paneg.* 285-287; *Carm. min.* XXX, 54; XLVII, 3-6). La correspondencia de Símmaco (*epist.* 58-60, 62-63), cónsul en el año 399, con latifundistas hispanos, relacionada con la petición de caballos destinados a juegos para preparar la pretura de su hijo, son de obligada referencia. Sus epístolas arrojan datos interesantes acerca de los mecanismos de compra/venta de équidos pertenecientes a las yeguas hispanas, y de los modos de remitirlos hacia Roma.

¿Cómo se transportaban? Por tierra, por mar, probablemente por ambos medios, los escritos de Símmaco, los más extensos en relación con la materia tratada, contribuyen muy poco a aclarar el panorama en este aspecto, y otros datos textuales apenas existen²⁶. Verdaderamente era una mercancía delicada y a la vez muy difícil de trasladar por su calidad y envergadura, teniendo en cuenta la precariedad de medios, a pesar de los avances técnicos de la navegación romana y de las buenas calzadas que surcaban el Imperio. El envío por tierra no era posible realizarlo en invierno, máxime desde Hispania, de hecho las actividades comerciales de este tipo o similares se realizaban cuando predominaba el buen tiempo. Los mercaderes, salvo por motivos de urgencia o de unas fuertes ganancias, no se aventuraban por los puertos, en temporada fría invernal, cuyo tránsito podía costarles la vida o las mercancías. Y la geografía peninsular era pródiga en pasos sinuosos, altas montañas, y no menos el tránsito hacia Italia. Por defecto los caballos africanos habían de ser transportados en embarcaciones, a menos que, pasando a Hispania, a continuación fueran conducidos por tierra, lo cual de ninguna manera podía ser rentable. Hay pocos datos, pero la razón se impone. Tropillas de ganado caballar desde tiempos arcaicos hasta nuestra época han transitado a menudo por los paisajes peninsulares y africanos. Su primer destino, si es que provienen de pastos al aire libre, de pastos de altura (está implícito en este caso que no se trata de caballos escogidos), es el de las dehesas o cercados, menos el de los establos cubiertos, porque hasta no ser amansados convenientemente no es posible mantenerlos durante mucho tiempo en encierro. En estos lugares se los somete, se los acostumbra a la sujeción, se los adecua, se los organiza físicamente, para a continuación ser conducidos a los mercados o entregados, como último destino, a los propietarios que ya han contratado con anterioridad la compra del producto.

²⁶ J.M. Blázquez, La caballería en Hispania durante el Bajo Imperio, *Studi Tardoantichi* II, 1986, 54-55, citando a Friedländer.

Y para concluir, con respecto a los dispositivos de compra/venta, no los conocemos, mas hay que pensar que en el mundo en el que se movía la cría de caballos de raza, en el que se manejaban sumas altas, sería expuesto engañar a los clientes con animales dañados. Y debieron darse garantías, con el cambio por otro caballo si se recibía uno, que se probaba ya deficiente en origen. Otro aspecto sería si el caballo se lesionaba durante el transporte, en este supuesto es de suponer que se estipularía en el contrato quién, si vendedor o comprador, corría el riesgo y asumía las consecuencias, realmente no llegamos a conocer casi nada acerca de estos extremos, excepto alguna que otra pequeña nota, apenas esclarecedora. En cambio con referencia a la adquisición en mercados o ferias locales de un sencillo caballo, o de un mulo, o de un asno por un sencillo labrador, si cabría la figura de la trampa, tan vieja como la humanidad, disfrazando por el vendedor algún que otro vicio de comportamiento o médico, como por ejemplo conformación defectuosa en las extremidades.

Arriba he indicado que finalizo aludiendo al desconocimiento del sistema de compra venta. Es una manera, entre muchas, de resolver el final, pero el trabajo queda inacabado y abierto a otros, porque todos carecemos de datos suficientes, y los existentes son muy imprecisos y en muchos casos indirectos. Y si he esbozado alguna hipótesis es basada en la comparación, en la intuición y poco más.

Y ¿conclusiones?, desde el punto de vista de la autora, y con el enfoque bajo el que se mueve el estudio, ninguna. El tema es accesible a futuras investigaciones, que si se apoyan en nuevos hallazgos podrán arrojar más luz al panorama ciertamente oscuro, como en su mayor parte lo es todo el panorama de la Historia Antigua, comprendiendo el de los gigantescos acontecimientos que marcaron cambios decisivos para la Humanidad.